

Carreteras secundarias

De viaje, suelo tomar, siempre que me es posible, carreteras secundarias, huyendo del denso tráfico de las generales. Las grandes carreteras sirven para trasladarse al punto de destino con rapidez cuando se tiene prisa, pero no son buenas para conocer el país. La anchura de la carretera o de la autopista, la tensión del tráfico, restan grandiosidad y perspectiva al paisaje. Las carreteras secundarias, en cambio, a menudo llenas de curvas en un país tan montañoso como el nuestro —el más montañoso de Europa después de Suiza, como aprendíamos en los textos de geografía—, nos hacen ver el paisaje desde muy variados ángulos, que permiten su mayor comprensión y conocimiento. Así, por carreteras secundarias, he recorrido yo en estos años muchas regiones de la Península Ibérica, tanto en España como en Portugal. Este país ibérico, que geográficamente es uno solo o, si se quiere, muchos países en uno solo, ofrece una importante peculiaridad con respecto a los demás de Europa, y es que, estando concentrada la población en zonas de alta densidad, quedan en él inmensos territorios vacíos, porque los pueblos y pequeñas ciudades que en ellos se encuentran no alcanzan a llenarlos, que desde siempre vienen caracterizando lo que fray Luis, en un bello y desolado verso, llamó "la espaciosa y triste España". Extensas regiones de Aragón, e incluso ciertas zonas occidentales de Cataluña y el País Valenciano, la mayor parte de Castilla la Vieja (en toda la provincia de Soria, por citar solamente un ejemplo, viven apenas noventa mil personas), los páramos y montañas de León, las tierras de emigración de Extremadura, Andalucía y la Mancha y luego, en Portugal, las no menos emigrantes regiones de Trás Os Montes, el Alentejo y el Algarve interior responden, hoy como en tiempos de fray Luis, a aquella desolada imagen.

Es mi intención aquí contar, en una crónica tan secundaria como las carreteras a que me vengo refiriendo (y hay semanas en que se hace aconsejable buscar secundarios argumentos), un viaje que hice hace unos días desde la costa de Castellón a Madrid a través de regiones tan solitarias como bellas e interesantes sea desde el punto de vista del paisaje o de la Historia, sea desde el punto de vista del conocimiento de la realidad del país en que vivimos. El viaje, con ser largo, es descansado porque los habitantes de las ciudades, lejos de buscar lugares tranquilos para sus vacaciones, gustan de trasladarse, al alimón con sus vecinos, desde la aglomeración donde habitualmente viven a otra aglomeración creada para su supuesto descanso, de manera que estos pueblos de que hablo, y estas carreteras, siguen tan vacíos como siempre. Y, a lo que iba, en Vinaroz tomé una carretera que conduce a los pueblos de San Jorge y de Traiguera y, desde allí, después de pasar el impresionante puerto de Querol, entré en el Maestrazgo y en su capital, Morella. No voy a descubrir esta bella ciudad que muchos tienen por una de las de más personalidad de entre las de su tamaño en España, hasta el punto de que ha sido llamada "la Toledo valenciana". Morella tiene un abundante turismo, sobre todo procedente de Cataluña y Valencia, si bien no es todo lo conocida que merece entre los habitantes

del resto de España. Edificada en una colina, bajo la mole imponente de su castillo, que sirvió de baluarte a personajes históricos de todas las épocas, desde el Cid al carlista Ramón Cabrera, llamado "el Tigre del Maestrazgo", Morella forma un admirable conjunto arquitectónico. Saliendo de Morella hay varias rutas para llegar a Cantavieja, ya en la linde de la provincia de Teruel, aunque pertenece a Castellón. Una pasa por Forcall, la Mata de Morella y Mirambell, un pueblo amurallado con preciosas iglesias y palacios señoriales. Otra, por Cincorres, Portella de Morella y La Iglesia del Cid. El Maestrazgo merece una detenida excursión que, debido al estado en que se encuentran algunas carreteras, debería incluir algunos viajes a pie. Al Norte de Morella hay una región salvaje, donde se encuentran el pueblo de Castell de Cabres, metida ya en la cordillera que, por esta parte, separa Cataluña de Aragón. El Maestrazgo propiamente dicho, que encontramos en nuestro camino hacia Teruel, es un país árido y seco, con escasa vegetación, pero de una soberbia



belleza. En su extremo Oeste, Cantavieja, vista desde el hondón que queda a la derecha de la carretera, es una ciudad colgada sobre un impresionante precipicio, un poco como Cuenca. Tiene muy bonitos palacios y casas señoriales y está siendo restaurada su pequeña plaza gótica porticada.

La región que debemos atravesar de Cantavieja a Teruel nos ofrece ya algo de descubrimiento. En todo el camino, de unos cien kilómetros, me crucé sólo con un par de vehículos y me detuve a charlar con los obreros que estaban trabajando en el ensanche de la carretera. Me pidieron que esperara, para pasar, a que terminaran de llenar su camión con la pala excavadora. Encontré apenas tres o cuatro pueblos: Fontanete, Villarroya de los Pinares, Allepuz y tuve que pasar varios puertos que se llamaban Villarroya, Sollavientos, Cabigordo, todos ellos de más de mil quinientos metros de altitud. En esta zona, a medida que nos acercamos a Teruel, el paisaje cambia, y hay espléndidos pinares y amenos valles. La provincia de Teruel es de las más pobres y también de las peor tratadas de España, lo que ha conducido a uno de los índices más altos de emigración de todo el país. La ciudad es muy bonita. La plaza del Torito, una delicia de gracia y sabor popular. Hay una cosa horrenda en Teruel, y es la estatua del obispo que, con su ademán tridentino y preconciliar, parece estar amenazando a la ciudad. Teruel es, ya se sabe, una

ciudad de ilustres amores, y pocas cosas habrá en el mundo tan feas como el monumento que hizo el señor Avalos a los famosos amantes. Pocas cosas también tan bonitas como las torres árabes decoradas con azulejos que brillan al sol, con mágicos destellos. Dos de ellas, se dice, fueron construidas por dos arquitectos árabes que se disputaban el amor de una princesa. Su padre, el Rey, la había prometido a quien construyera la torre más bella. No dice la leyenda cuál de los dos la obtuvo, pero la de San Salvador, quizá por su situación en la estrecha calleja de este nombre, se lleva, sin duda, la palma.

Siguiendo siempre por carreteras secundarias, y dejando pronto la de Zaragoza, tomamos ahora la carretera que va a Albarracín. Este pueblo no es para descrito. Hay quien sostiene que es el más bonito de España, bien que el viajero lamenta la excesiva pulcritud, un poco artificial, que se ha puesto en la por otra parte necesaria reconstrucción de algunos edificios. Pero la llegada a Albarracín, cuando se toma la última curva de la carretera, tiene el valor de una aparición, de una epifanía. Surge encastillado, encima de nuestra cabeza, como una joya en roja almagra. Desde allí, la carretera pasa por debajo de la ciudad, a través de un largo túnel, y se adentra en los Montes Universales. El nombre, los habitantes del lugar los llaman Sierras Universales, procede del hecho de que, siendo zona de pinares, los vecinos se reparten lo que se llama "la suerte de pinos", con arreglo a una vieja tradición comuna, constituyéndose en "universidades". Salimos de Albarracín por el hondo desfiladero del río Guadalaviar, que más abajo, hacia el mar, se convertirá luego en el Turia, y ascendemos a los grandes pinares de las sierras. Dejamos a la izquierda Tramacastilla, Villar del Cobo, Guadalaviar y Griegos y, a través de un verdadero túnel vegetal, descendemos al delicioso pueblo de Orihuela del Tremedal. Desde allí, camino de Molina de Aragón, tomé, por error, una carretera que no recomiendo a nadie. Es una carretera de tierra en muy mal estado que sale directamente a Molina. Es preferible tomar la que, de Orihuela, va a Molina por el Pobo de Dueñas, en la general de Tarragona a Alcolea del Pinar. Pasé por pueblos aislados del mundo: Orea, Checa, Chequilla. Esta carretera desemboca luego en la que va de Molina a Peralejos de las Truchas y que será la futura vía de comunicación entre esta región de Guadalajara y la provincia de Cuenca. En Molina me dieron una sorpresa, una especie de recepción completamente inesperada. Al llegar a la ciudad por esta carretera me encontré con una larguísima caravana de coches. Pensé en algún accidente y me metí en la caravana armándome de paciencia. Mi sorpresa fue comprobar que era la festividad de San Cristóbal, y los coches iban pasando muy despacio al pie de un estrado donde había un sacerdote vestido de sobrepelliz y estola con un hisopo en la mano, que hacía la aspersión ritual a cada automóvil. Me detuve a su altura y me echó la bendición.

Saliendo de Molina, bajo su formidable castillo, con tan buenos auspicios, seguí mi camino a Alcolea y Madrid. ■ LUIS CARRANDELL.